

II. LAS TRANSFORMACIONES DEL ENTORNO Y LOS PLANES DE ESTUDIO DE COMUNICACIÓN

Se cumplen ahora veinticinco años de la creación de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Poco a poco se han ido aceptando en España esas ciencias bajo sospecha, más, en muchos casos, por la evidencia del papel central de la comunicación en el tiempo actual que por la permeabilidad receptiva del sistema universitario.

Quienes hemos vivido con intensidad este período inicial solemos tener una doble sensación: una cierta insatisfacción con los objetivos alcanzados, una falta de sosiego académico y, a la vez, una especie de visión caleidoscópica provocada por la sucesión de profundos cambios en el entorno natural de conocimiento. Esta última circunstancia explica en parte la primera. La aceleración de las transformaciones está en el origen de esa insatisfacción y falta de sosiego académico.

Todo un abismo separa a la manualidad contable de los tipómetros de los años setenta con la postal sugerente de la aldea global que hoy se abre en las ediciones digitales de los diarios. Y ese abismo está acompañado por la evolución de la teoría de la comunicación, la formulación de nuevos paradigmas, la definición de amplios espacios para la investigación.

La Facultad de Ciencias de la Información vivió en su despertar el paso de la dictadura a la democracia. Y lo hizo con una intensi-

dad crítica. Según una encuesta del momento, el grado de politización de los estudiantes de periodismo superaba al de aquellos que cursaban Ciencias Políticas. La Facultad fue un motor dinámico de ideas, de proyectos ricos que trascendían a la sociedad democrática en formación. Un motor en el que tempranamente se fue implantando la razón universitaria de la tolerancia, como síntesis de posiciones dialécticas abiertas. Para unos, con preponderancia conservadora y clerical; para otros, con demasiados descamisados iconoclastas.

Hay otra historia de desencuentros, de pulsos eternos por la ocupación de espacios de poder, de beligerancias civiles que se disuelven poco a poco en el consenso de la inteligencia, don éste, el de la inteligencia, es, sin embargo, menos abundante o explícito que la expresión de los intereses grupales, tan reñidos, por definición, con el interés general de lo público.

Una radiografía del centro y su contraste con los modelos ideales propugnados por unos y otros revelaría las carencias y las miserias de veinticinco años, pero tal pretensión perfeccionista o fundamentalista, derivada del desiderátum de la excelencia académica, sólo nos llevaría a apegarnos a visiones subjetivas, a modelizaciones utópicas, sin reparar que en los valores de síntesis hay elementos más que suficientes para producir el salto hacia el futuro, hacia el segundo cuarto de siglo de la Facultad. O, en última instancia [permítaseme la concesión a los más refractarios] colegir con resignación que no hay más cera que la que arde...

El conjunto de las transformaciones operadas en el entorno de la comunicación durante los últimos veinticinco años se podría presentar gráficamente mediante la imagen de un tornado. Los cambios sociales y tecnológicos han barrido las viejas teorías de la comunicación o las han hecho inaplicables en un escenario que no se reconoce en las formulaciones de las décadas de los años 50 y 60. Muchos planteamientos, que aun se airean en tribunas que predicán

de espaldas a la realidad, son manifiestamente caducos. Aunque, en la mayoría de los casos, las turbulencias ambientales han obligado a la actualización esforzada y permanente del profesorado.

Aquella Facultad no sólo vivió la salida de la dictadura y aclamó con entusiasmo las libertades de la democracia, sino que asistió a la incorporación de España a Europa y, lo que es aún más, a un fenómeno de expansión de la comunicación que destruye la antigua percepción de las fronteras y propende a la globalización. Los nuevos usos tecnológicos han ido rompiendo los territorios espaciales de los medios y han creado soluciones en las que la innovación se convierte en una variable dinámica que se inserta en la estructura misma del sistema.

El efecto de la impregnación tecnológica, pautada por ciclos abiertos de escasa duración, ha descompuesto la estaticidad del escenario académico, acrisolado, asentado, propenso a lo permanente. La falta de una cultura tecnológica, el ambiguo 'ser de letras' del *ancien régime* y la comodidad esterilizante de algunos padres del saber universal han retardado las respuestas y enquistado obsolescencias propias y ajenas en los planes específicos de Comunicación.

También han cambiado las ideas, el valor de las ideas, la materia prima para quienes tienen entre sus objetivos los de enseñar a construir la realidad y crear imaginarios colectivos. No es lugar éste para hablar del pensamiento que propende a ser único o de la crisis creativa, pero sí constatar unos valores dominantes, una filosofía de acompañamiento del cambio en la que prevalece la matriz mercantil como pauta de las relaciones en sociedad. Esta circunstancia afecta a un amplio conjunto de aparatos teóricos, como la naturaleza del pacto social y su plasmación en el conjunto de las libertades y en la construcción democrática, por no hablar de sus efectos sobre las más específicas teorías de la comunicación, el espacio de lo público, las extensiones tecnológicas de los medios, etc.

Las transformaciones no se agotan en los esbozos anteriores e implican directamente al escenario de las empresas. Se asiste al desarrollo de actividades de amplio espectro que tienden a la concentración de la propiedad, al tiempo que a la diversificación de una oferta que oscila entre lo global y lo local, entre lo general y lo específico, entre lo masivo y lo personalizado. Cambios sobre los que no necesitamos acudir al bazar de la literatura posibilista de la sociedad de la información para descubrir que están creando una dimensión radicalmente nueva en las funciones y usos sociales de la comunicación, con una proyección económica que va mucho más allá del que fuera el escenario natural de los medios, como se empieza a adivinar en el inquietante horizonte de la explotación digital intensiva.

Hay que insistir en el valor dinámico de estos cambios y en la fugacidad tecnológico-mediática de las soluciones en presencia. Es preciso admitir, por tanto, que las transformaciones se van a seguir produciendo y que en el museo de los medios, donde desde hace poco más de diez años yace la 'viejísimas' linotipia de Mergenthaler, pronto enterraremos, entre otros muchos cadáveres, las tecnologías de transición de Internet, esa especie de radio galena de la era digital, cuando ya las margaritas se hayan marchitado sobre la patristica de Lasswell.

FACULTADES DEL FUTURO Y CONFUTURO.

La debilidad que alumbró el nacimiento de las Facultades se ha disipado en buena medida, a pesar incluso de las secuelas dejadas por el raquitismo de los peores años. Hoy nadie discute su oportunidad o su vigencia, aun cuando en el mismo marco universitario no siempre se sepa o se quiera ver el papel potencial de las Facultades de Comunicación. Un tópico conservador, propio de quienes parecen custodiar las esencias de la institución universitaria, reduce las

especificidades definitorias de nuestras Facultades a un angosto espacio teórico -de letras□, con nulos o escasos valores científicos. Reduccionismo que parece desear que nuestra misión se ciña a instruir en las rutinas profesionales de los comunicadores y periodistas, a los que además se trata de hacer cultos con una actualización generalista de sus conocimientos de historia, economía, filosofía, derecho, sociología, literatura..., donde la profundización en lo específico parece seguir bajo sospecha. Otras visiones, también reduccionistas, escasamente interdisciplinarias, plantean el escenario de la comunicación como una extensión natural de la sociología, de la filología, de la historia, de la literatura..., convirtiendo sus necesarios valores de integración disciplinar en capellanías cuasi militantes de la exclusividad teórica.

Aunque hoy resulta difícil sostener discursos de esta naturaleza, la tozudez de los hechos nos descubre presiones taimadas, hasta cierto punto lógicas, fruto de la necesidad de áreas de conocimiento de vieja raigambre universitaria que requieren nuevos espacios vitales y se lanzan sobre el amplio campo de la Comunicación.

Han sido las gangrenas producidas por las amputaciones y los injertos las que han hurtado espacios al desarrollo de parcelas específicas, en un tiempo de cambios en los que las Facultades de Comunicación aparecen con escasos coeficientes de practicidad, cuando paradójicamente están llamadas a ser plenamente experimentales.

No se quiere negar aquí la importancia, la necesidad de los enfoques interdisciplinarios, sino denunciar el secuestro reduccionista de la comunicación o la escasa coordinación interdisciplinaria regida desde núcleos no específicos. En justicia, sin embargo, debe reconocerse el esfuerzo y la contribución de esas áreas de conocimiento en la formación de las Facultades de Comunicación, especialmente en los años fundacionales, cuando el sistema universitario habilitó *ex novo* centros que debieron ser atendidos lógicamente por pro-

fesores procedentes de otros campos disciplinares.

Hoy tal vez sea tiempo de refundación, al menos desde el barato escenario de los deseos, lejos de los intereses más privados que pudieran anidar en la gran casa de la Universidad pública. Un cuarto de siglo de la primera Facultad, en las circunstancias descritas, obliga a abrirse hacia el mañana con generosidad, no empeñando planes de estudios, expectativas de futuro e inserción social con la mirada más cicatera y limitada de la Comunicación, tan limitada que es incapaz de comunicar con la propia sociedad.

Hace un año, en el verano de 1996, uno de los máximos responsables de la primera empresa española de medios afirmaba en privado: "El modelo de las Facultades de Periodismo ha fracasado. O cambian radicalmente o tendremos que habilitar otras soluciones más ágiles y dinámicas de formación". Amenaza inquietante, especialmente cuando pende sobre un conjunto de centros que acoge a más de 35.000 alumnos. Aun sabiendo distinguir nítidamente el ámbito y el proyecto universitario de los intereses concretos de las empresas y que hoy la Comunicación va mucho más allá del escenario convencional de los medios, resulta ruinoso la posición de partida que da la espalda al tejido empresarial e institucional o aquella otra que descuida una cierta relación entre oferta de egresados y demanda específica.

La Universidad, en su necesaria expresión de utilidad pública, debe atender los requerimientos de la sociedad y de sus entramados de actividad económica y profesional, ya que adquiere su verdadero *valor de excelencia* en la capacidad de generar retornos que estimulen e innoven esos entramados de actividad.

Las Facultades de Comunicación, según se desprende de las demandas externas o tal como indican otras experiencias académicas, deben estar definidas por criterios específicos que no siempre encajan con una concepción fundamentalista de la Universidad. Los objetivos formativos, los requerimientos sociales, la dinámica cam-

biente intrínseca a la comunicación, la impregnación tecnológica de los procesos, obligan a romper ciertos corsés inmovilistas del espacio 'de letras' y significarse en la asignatura de la modernidad: saber ver, saber contar, saber imaginar, saber recordar.

Hay, al menos, denominadores comunes que sostienen empresarios de la comunicación, académicos y expertos respecto de los perfiles específicos de las facultades de comunicación:

- a) Que tengan un alto grado de experimentalidad.
- b) Que sean permeables a los cambios del entorno, con planificaciones dinámicas, de modo que se favorezca la vigencia y utilidad de los conocimientos impartidos.
- c) Que atiendan la diversidad de los procesos y técnicas comunicativos, más allá de las visiones mediáticas convencionales o de las innovaciones meramente coyunturales.
- d) Que creen secuencias formativas capaces de evitar solapamientos o lagunas en la lógica del aprendizaje y alimenten sus fortalezas en las técnicas de construcción del discurso, la adquisición de una cultura tecnológica evolutiva y el conocimiento científico de las pautas de comportamiento de los actores y de los procesos de la comunicación.
- e) Que, en beneficio de lo específico, aligeren la masa curricular de visiones disciplinares externas a la Comunicación, lo que no impide que éstas, desde sus foros académicos, analicen la comunicación, del mismo modo que analizan otros aspectos de la actividad social.

MADRID Y LOS NUEVOS CENTROS

Muchas de las experiencias vividas en Madrid, con una Facultad en el sistema universitario público que ha llegado a superar los 13.000 alumnos matriculados, deberían haber servido de referencia para otros centros periféricos surgidos en los últimos años.

A veces, las nuevas Facultades nacen de la improvisación, sin resguardos institucionales que garanticen la solvencia del empeño, con escasas dotaciones económicas y debilidades significativas en el capítulo del profesorado, que se recluta, en ocasiones, mediante levas de jóvenes licenciados, sin experiencia alguna, a los que se llega a exigir la impartición de tres asignaturas distintas, cuando parte de su tiempo necesitan ocuparlo en preparar sus tesis doctorales o las pruebas para su incierta promoción funcionarial.

Es en este escenario de los nuevos centros donde los departamentos externos, ya asentados en la Universidad, con cuadros estables de profesores, atienden con la máxima solvencia las materias no específicas que les corresponden en el amplio abanico del plan de estudios. Por contra, el prestigio de las áreas específicas queda frecuentemente en las manos voluntariosas e inexpertas de los actuales *penenes*.

El proceso de formación e instalación del nuevo profesorado ocupa no menos de una década. Este dilatado período de transición se ve acompañado, en algunos centros, por el artificial y poco explicable mal entendimiento de áreas tan próximas y afines como Periodismo y Comunicación Audiovisual, que necesariamente terminarán por caminar mucho más unidas, como ocurre en todo el mundo, a través de las grandes avenidas genéricas de la Comunicación. Estas fricciones retardan también el proceso de instalación y la fortaleza potencial que las áreas específicas tendrían si se unieran en el empeño de la especificidad. La precariedad de los cuadros docentes

favorece en ocasiones el acuartelamiento medieval de las distintas definiciones departamentales y la recuperación de los feudalismos y vasallajes en los hábitos diarios de comportamiento, circunstancia que se suma a otras de rancio sabor castrense.

Aun cuando pueda suponerse que los nuevos centros son más permeables a la innovación, lo cierto es que el largo período de instalación y su problemática específica aminoran o anulan esa capacidad y orientan sus prácticas académicas al paio de las inercias provenientes de las Facultades ya experimentadas.

La idea de Madrid [los grandes departamentos, sus personalidades y sus personalismos, las corrientes y escuelas] desembarca como referente en el minúsculo puerto de las nuevas Facultades, con una *información genética* que no siempre es la mejor o la más adecuada para el nuevo centro.

La Facultad de Ciencias de la Información de Málaga, creada en 1992, no ha sido una excepción en la mimesis de otros escenarios y otros actores, aunque su corta vida le confiere aún la posibilidad de redefinir su oferta en términos de eficacia académica y rentabilidad social, más allá del espectáculo bélico de *moros y cristianos*. Al margen de diferencias muy menores o de menores, que más parecen pertenecer al mundo de las anécdotas, los objetivos están al alcance de un joven cuerpo de profesores que conserva la capacidad y el entusiasmo necesarios para dar asiento a un proyecto digno.

Precisamente, las líneas que definen este trabajo se orientan hacia una modificación del primer plan de estudios de la Facultad malagueña, y se basan en criterios de eficacia y de sintonía con los vectores fuerza de la comunicación en la sociedad actual, si bien los contenidos, en lo que tienen de innovación sobre modelos precedentes, son trasladables a otras realidades y, en parte, figuran en las sugerencias hechas en su día para la redacción del Plan de Estudios de la Licenciatura de Periodismo de la Universidad Carlos III de

Madrid. Ideas embrionarias de cuanto se expone fueron aprobadas como proyecto dotado de innovación educativa en la convocatoria 1996-97 del Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Málaga.

EL PLAN DE ESTUDIOS COMO PLAN ESTRATÉGICO

Los resultados de muchas reformas hacen sospechar que no se presta la atención debida a la redacción de un nuevo plan de estudios. Las modificaciones que recogen parecen atender más, en ocasiones, a ajustes de intereses departamentales que a criterios de eficacia y oportunidad. Sin embargo, una buena partitura que establezca la secuencia lógica del proceso de aprendizaje y desarrollo del conocimiento es, en buena medida, condición necesaria para el éxito del empeño universitario.

Cinco enunciados, entre otros, definen un plan de estudios coherente:

1. *La jerarquización del conocimiento.* No sólo en cuanto a la creación de la secuencia lógica del aprendizaje, que supone también un cierto grado de jerarquización temporal, sino en cuanto a la prevalencia de los contenidos formativos que definen el núcleo específico de la especialidad académica sobre los periféricos, complementarios o externos.

No es lógico ni deseable que en una especialización en Comunicación el conocimiento de las asignaturas específicas, que son las que atraen al alumnado vocacional y con las que establece una relación de empatía e identidad, incluso de facilidad cognitiva, se vea afectado y hasta marginado por las exigencias de materias externas y complementarias. Porque son estas asignaturas menos afines al perfil vocacional del alumno, las que suelen plantear una práctica evaluatoria basada en la retención memorística y en el desarrollo de

trabajos que ocupan buena parte del tiempo que ese alumno debería y, probablemente, quisiera dedicar a las asignaturas específicas.

2. *La contención de los solapamientos.* Una parcial o falsa concepción de la libertad de cátedra y, de manera especial, una deficiente coordinación atribuible a debilidades en las direcciones académicas, provoca que desde disciplinas específicas distintas se incida en las mismas parcelas del conocimiento. Se solapan así las voces del discurso formativo en detrimento de un desarrollo diversificado y complementario.

Valores modales, rasgos efímeros, recursos pedagógicos gratificantes para el profesor o el alumno se convierten en los elementos recurrentes y repetitivos de la acción docente, de modo que a las posibles deficiencias enunciativas del plan de estudios se une esta merma acomodaticia.

En el campo de la enseñanza en Comunicación, son muchos los casos de acciones redundantes en los planos teórico y práctico. Así, desde distintos contextos disciplinares se insiste, por ejemplo, en el análisis de contenido, con ejercicios rápidos o de escasa entidad, para los cuales se habilitan descripciones metodológicas meramente orientativas, sin que el rigor y la profundidad atienda el empeño y donde el ejercicio cotidiano de la práctica universitaria parece desmentir la condición del trabajo científico. Prácticas solapadas en repeticiones de pequeños ejercicios que devalúan la propia dimensión y la riqueza de matices del análisis antes del momento específico descrito en el plan de estudios para el desarrollo concreto de esta parcela.

3. *La flexibilidad razonable en la actualización de sus contenidos.* Se concibe el plan de estudios como medio para conseguir unos objetivos y no como fin en sí mismo. Un plan de estudios sujeto a líneas activas de dirección académica debe ser flexible ante las modificaciones de los entornos disciplinares, tanto por las que se derivan del avance teórico o del desarrollo de aplicaciones con-

cretas como por la apertura de vías de indagación orientadas a la reflexión, el conocimiento y la resolución de nuevos problemas e inquietudes.

Este requerimiento de flexibilidad se hace necesario en áreas que se proyectan sobre realidades muy dinámicas y evolutivas. Es el caso de la Comunicación, sujeta a pulsiones inductivas que precisan ser tamizadas por la distancia del análisis crítico, pero también por una respuesta de actualización permanente que no puede confundirse con la veneración casi comercial o consumista –lo son tantas devociones tecnológicas por una marca o un programa–, o con la reverencia ante proclamas erráticas de divulgación seudocientífica.

Se ha asistido en los últimos años a cambios significativos, a la mutación de viejos paradigmas y a la extensión de los recursos y espacios en los que se contextualiza el ámbito de conocimiento, de tal modo que empieza ser necesario, incluso, un reajuste o modificación de las directrices normativas en las que se inscriben los planes de estudios de las distintas licenciaturas en Comunicación.

4. *La personalización del proyecto.* Siendo un objetivo menor, no deja de tener importancia estratégica que los planes de estudios se asienten en las fortalezas, potencialidades o rasgos diferenciales del centro –dotaciones, instalaciones, líneas de investigación– y de su entorno territorial –actividades dominantes, valores culturales, tendencias de futuro, etc.–. Esto es, la personalización del proyecto, la identidad sobre la que desarrollar las vías de investigación, las interfaces con el entorno social, institucional, profesional o industrial sobre el que se proyecta el centro.

5. *La ubicación social.* La personalización del proyecto, en un momento de alto nivel de instalación y diversificación de la oferta universitaria, pasa por un doble asentamiento de los valores que lo definen. Uno, que podría definirse como referente global, atiende a la expresión actualizada del conocimiento y a la creación de antenas interactivas de realimentación del proyecto; otro, ineludible, es

el espacio territorial, el escenario local, como ámbito específico sobre el que se proyectan los valores formativos de comunicación del conocimiento y de investigación aplicada, a modo de retornos de rentabilidad social generados por el centro.

La ubicación social del proyecto implica una toma en consideración de los criterios y necesidades de los agentes y actores del entorno, una evaluación prospectiva y la sintonía de los recursos públicos asignados a la instrucción universitaria con las estrategias en las que se define el desiderátum de progreso del territorio. Otra consideración exclusivamente culturalista de la Universidad, desconectada del contexto económico y social, remite a períodos precedentes.

6. *Los mecanismos de autoevaluación.* Por último, y sin negar por ello la validez de otros criterios que garantizan el rigor y la eficacia en su plasmación, resulta imprescindible entender el plan de estudios como un proyecto abierto, que se define en su experimentación, y que, por consiguiente, debe incorporar mecanismos de evaluación periódicos. Muchas de las encuestas que valoran la actividad docente, siempre según el criterio de los alumnos, hacen recaer sobre el profesorado estados de opinión que en muchos casos apuntan más a las bondades o deficiencias de las parcelaciones temático-disciplinares del plan que a las virtudes o defectos del relator del discurso académico.

La evaluación debe alcanzar al plan de estudios, desde al menos una triple óptica: la de los profesores, la de los alumnos y la del entorno institucional y social. Así pues, el plan precisa albergar esos mecanismos valorativos, cuya eficacia se advertirá en la periodicidad y en la radiografía diacrónica que exteriorice las ineficacias, las obsolescencias, los decaimientos, pero también las fortalezas, sus sintonías con los agentes del entorno, etc.

LAS LÍNEAS ACTIVAS DE LA DIRECCIÓN ACADÉMICA

El valor de estas pautas desaparece cuando no existen líneas activas de dirección académica, esto es, cuando se carece de una visión sistémica del conjunto de conocimientos e interrelaciones de una esfera del saber.

La feudalización de parcelas del llamado poder académico, los zarpazos cainitas de las reyertas privadas en el espacio público, la anarquía o la arbitrariedad competitiva, cuando no la mediocridad [puede que la mediocridad esté en el centro del problema] desquician las posibilidades de una acción coordinada en el proceso docente, y también de la actividad investigadora complementaria, actividad que llega a convertirse en ocasiones en una especie de ejercicio obligatorio de especulación académico-burocrática, lejos de las necesidades objetivas del progreso científico-técnico, de la evolución del pensamiento o del mismo interés social.

Un plan de estudios debe ser, cada vez más, un verdadero plan estratégico del centro que lo promueve, trazado de acuerdo con las variables que justifican la existencia del mismo y a los requerimientos de su entorno, con la toma en consideración de los escenarios prospectivos que a medio y largo plazo definen el horizonte del centro, el de la Universidad y el del territorio sobre el que se desarrolla la actividad social próxima.

En ocasiones, en la redacción de los planes de estudios se pervierte la naturaleza final de sus objetivos, ya que se cambian los intereses sociales del entorno público por la resultante del consenso de los intereses grupales del centro, con la participación escasamente autónoma del alumnado, sobre el que tantas veces se posan los guiños interesados de las facciones que animan la dialéctica planificadora. Aun cuando suelen existir cautelas procedimentales que utilizan apelaciones retóricas a la sociedad, al sector industrial, institucional, profesional, etc., en la práctica esos intereses y puntos

de vista externos son interpretados sesgadamente, mediante soluciones que favorecen casi exclusivamente posiciones definidas en el plano de la organización académica.

El sentido de la Universidad pública ha cambiado profundamente en los últimos treinta años, tanto por la concepción del servicio público abierto al conjunto de la ciudadanía como por la ruptura con el marco clásico y clasista de la oferta formativa. Por eso la dinámica creativa del discurso docente debe integrar los elementos de la realidad en la que se sustenta y de quien recibe los recursos que la sufragan. Parece un anacronismo, que raya en la irregularidad política y jurídica, la convivencia de una institución moderna, inserta en un sistema democrático y participativo, teóricamente sujeta al control social y político, con prácticas residuales del pasado que hablan de feudalizaciones, vasallajes, endogamias, prevaricatos, etc., eufemísticamente conocidos por algunos togados custodios como las 'claves universitarias'.

Un plan de estudios, como plan o parte de un plan estratégico, debe atender a las expectativas de desarrollo del centro en función del conjunto de elementos que convergen en la demarcación territorial de la Facultad, administrando en ello fortalezas y debilidades, esto es, conociendo los riesgos y las oportunidades que la apuesta académica entraña.

LA CULTURA DEMOCRÁTICA UNIVERSITARIA COMO VALOR DE SOCIALIZACIÓN

El alumnado tal vez no llega a conocer la verdadera importancia del plan de estudios, porque carece de elementos de referencia y contraste, y centra sus exigencias y críticas en la práctica docente cotidiana. Desconoce, por regla general, la estructura jerarquizada del profesorado y es, en algunos casos, víctima de un sistema que le

tutela bajo la tácita consideración de 'menor', sino de edad, sí de conocimiento.

Entre los estudiantes se aprecia hoy un bajo grado de confrontación dialéctica en relación a décadas pasadas. Si embargo, ha aumentado su exigencia. La acción crítica se centra más en la calidad del servicio público de la enseñanza y no tanto en las adscripciones ideológicas de las doctrinas o de los docentes.

La intervención del alumnado en la preparación del plan de estudios es ineludible, aunque debe limitarse a aquellos aspectos en los que su aportación no invada competencias exclusivas del discurso académico, como ocurre en ocasiones cuando se le utiliza como mero instrumento de presión manejado al antojo de los intereses en juego.

Esta consideración no debe entenderse como merma reduccionista de la vida democrática en la Universidad, que secuestre la autonomía del estamento. No es concebible, en el marco universitario, la policía del pensamiento o aquella disciplina que no nazca del debate racional de las ideas. Las pautas de socialización de la cultura democrática son esenciales en la formación universitaria de las nuevas generaciones, por lo que la degradación de las formas de participación y representación no dejan de ser mecanismos autoritarios, incompatibles con el concepto de prestación de servicio público a ciudadanos adultos en pleno ejercicio de sus derechos constitucionales.

UNA NUEVA ESTRATEGIA DE LAS ÁREAS DE CONOCIMIENTO ESPECÍFICAS EN COMUNICACIÓN

El desarrollo de las Ciencias de la Comunicación en España, la transformación del sistema de medios y su entronque en los círculos de centralidad del nuevo modelo social y cultural amplían y

diversifican el campo natural de la comunicación, desde el punto de vista de especialización del conocimiento.

Esta circunstancia no debe llevar a situaciones equívocas, de modo que el atractivo que despierta la comunicación sirva para el asalto de su especificidad por intereses disciplinares externos que, en buena lógica, deberían llevar a sus centros de referencia los análisis exclusivamente sociológicos, exclusivamente económicos, exclusivamente filológicos, etc., del mismo modo que integran en su espectro curricular visiones de otras parcelas de actividad o de proyección del conocimiento, que contribuyan a enriquecer y crear nuevas salidas a quienes eligen las licenciaturas de su entorno.

No se persigue erradicar situaciones previas, sino impedir que se profundice en la colonización sesgada e interesada de áreas muy concretas. Más bien se trata de una cuestión de sentido común y eficacia, que obliga incluso a recabar la presencia de áreas de conocimiento incomprensiblemente ausentes en nuestros planes de estudios, que ignoran, por ejemplo, la geografía, el *dónde* en comunicación.

Parace llegado el momento, y para ello será necesario elevar estos razonamientos a las autoridades administrativas, de una extensión de las áreas de conocimiento relacionadas con la Comunicación a otras licenciaturas como Sociología, Derecho, Historia, Economía, Filología, Pedagogía, etc.

No hay fundamentalismo doctrinal, ni voluntarismo chovinista en la propuesta, sino un recurso dialéctico necesario para blindar una parcela con un alto grado de especificidad y diversificación.

La entidad de las Ciencias de la Comunicación sólo puede entenderse desde la idea de crisol interdisciplinar, esto es, desde el equilibrio de los ingredientes que combinan concepciones, métodos constructivos, mediciones de comportamientos, etc., especializadas en un campo de actividad amplio y concreto. Los docentes en Comunicación participan de esa visión integradora o de síntesis

interdisciplinar. La virtualidad del crisol está reñida con los desequilibrios de la aplicación disciplinar sesgada, no interrelacionada, no contextualizada.

El ámbito de complementariedad académica debe buscarse a través de la oferta de asignaturas de libre configuración atractivas, que atiendan, desde áreas de conocimiento externas, visiones, enfoques, estructuras de análisis diversas. Y también, a través de cursos de posgrado y títulos propios innovadores, que incidan en la referida línea de complementariedad.

Quienes han seguido el desarrollo de los estudios de Comunicación saben que es difícil, con los créditos de troncalidad que hoy se nos ofrecen en las disposiciones normativas, armar un plan de estudios que atienda al conjunto de las disciplinas específicas que definen una formación actualizada. Por ello, es necesario un compromiso por parte de las autoridades académicas para que, en el caso de competencia o compatibilidad teórica de áreas de conocimiento específicas y no específicas, las asignaturas sean adscritas prioritariamente a las áreas más específicas y directamente relacionadas con una licenciatura determinada, que, en las Facultades de Comunicación, son Periodismo y Comunicación Audiovisual/Publicidad.

Hay en esta apuesta aspectos que atañen a la gestión de las Facultades, a estilos y criterios. Por eso, nunca se podría entender, porque se alejaría de las tendencias dominantes, una dirección que primase lo externo o no priorizara el crecimiento, en campo propio, de lo específico.